

CUÉNTEME, DON SEGUNDO

RICARDO GÚIRALDES




Cantaro

RICARDO GÜIRALDES

CUÉNTEME, DON SEGUNDO

Volumen en homenaje a Ricardo Güiraldes y su obra.



Colección del
MIRADOR

Dirección editorial: Guillermo Höhn

Dirección de colección: Teresita Valdetaro (1999-2003)

Los contenidos de las secciones que integran esta obra
han sido elaborados por:

Prof. Bárbara Bustamante.

Imagen de tapa: Mariano Dejean

Diseño interior: María José de Tellería

Diagramación: Alejandro Pescatore

Corrección: Silvia Tombesi

Agradecimientos: al Museo Güiraldes por su gentileza.

Las espuelas que se reproducen en la tapa pertenecieron al escritor

Güiraldes, Ricardo

Cuénteme, Don Segundo - 1a ed. 1a reimp. - Buenos Aires : Cántaro, 2007.
128 p. ; 18x13 cm.

ISBN 978-950-753-062-3

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

I.S.B.N. N.º 978-950-753-062-3

© PUERTO DE PALOS S. A. 2000

Honorio Pueyrredón 571 (C1405BAC). Tel. 4902-1093

Ciudad de Buenos Aires. Argentina

Puerto de Palos Casa de Ediciones forma parte del Grupo Editorial Macmillan

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina-Printed in Argentina



*Puertas
de
acceso*

La historia del gaucho

*Soy gaucho, y entiéndanlo
como mi lengua lo explica
-para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor-
ni la víbora me pica
ni quema mi frente el Sol.¹*

¿Quiénes son, o mejor, quiénes fueron los gauchos? La palabra “gaucho” designa un tipo social único, cuyo ámbito fue la vastedad de la pampa. No se puede hacer referencia al gaucho sin relacionarlo con el lugar donde se inició y desarrolló su historia. Recorramos esa historia.

Alrededor del siglo XVIII, estaba constituido un grupo social que vivía en la región del Río de la Plata, lejos de las leyes de la ciudad, que desarrolló modos de vida típicamente rurales. Amplias llanuras, poca población, abundancia de ganado. Estas circunstancias proporcionaron al gaucho lo necesario para la subsistencia: para alimentarse, le bastaba carrear una res. No se sometía a ninguna autoridad. Vivía orgulloso de su independencia, sin echar raíces: un nómada en la pampa, un jinete hábil con el caballo, diestro con el cuchillo y la lanza. Nació entonces el perfil de su personalidad que luego se convertiría en paradigma.

Hacia fines de ese siglo las circunstancias cambiaron: ese ganado que se reprodujo en forma sorprendente comenzó a tener valor: se lo utilizaba para comerciar. Poco a poco, el contrabando y los saladeros acabaron con las manadas cimarronas, salvajes. Los gauchos se vieron privados así de su medio de subsistencia. Por eso, debieron acceder a trabajar en la matanza de animales o en la yerra, que se realizaba en las estancias y los establecimientos que iban asentándose para tal fin. Conservaban, pese a todo, su estilo de vida: eran hombres fuertes, acostumbrados a afrontar la dureza del medio rural, orgullosos de su libertad, dispuestos a no sujetarse a la autoridad, capaces

1. Hernández, José. *Martín Fierro*. Buenos Aires, CEAL, 1979, (vv. 79-84).

de orientarse en ese espacio ilimitado de la llanura pampeana. Sin embargo, empezó a considerárselos “vagos y malentrenidos”. El gaucho era tratado como vagabundo, marginal (vivía al margen de las leyes que pretendía imponer la ciudad) y desertor (por su rechazo a integrarse a las milicias).

Entre el año 1810 y 1852, el gaucho fue buscado por los “civilizados” de la ciudad para integrar las filas de los ejércitos en las campañas por la independencia (como los “gauchos de Güemes” que defendían la frontera norte). “Gaucho” ya no era un término despectivo, sino una forma de marcar diferencias con lo español, desde las costumbres hasta su peculiar manera de hablar y de vestirse.



Durante la etapa de anarquía, cuando el territorio era liderado por distintos caudillos, los gauchos pelearon junto a unos u otros. En la época de Rosas (1830-1850) tuvieron un momento favorable: este apreciaba sus cualidades porque era estanciero y conocía el campo bonaerense.²

La decadencia definitiva de este grupo social empieza a partir de 1853. Se verá arrastrado a la guerra del Paraguay,³ al fortín. No encaja en el modelo que se propone el gobierno, para quien el campo constituye un elemento retrógrado que impide el progreso. Vuelve el concepto de barbarie: se le atribuyen delitos (robo de ganado, peleas, juego en las pulperías). Se convierte en el “gaucho malo” y es perseguido. Con la llegada de los inmigrantes, que invaden su medio, la situación empeora. Pronto se convertirá en el paisano gaucho, que se asimila a las actividades de la estancia. El gaucho, antes libre para andar por la pampa, termina por afincarse. Pero las cualidades que lo definen no desaparecen: su destreza con el ca-

2. En el cuento “Don Juan Manuel”, que integra esta colección, hay una referencia a este aspecto del Restaurador.

3. Esta circunstancia histórica es el marco del relato “Puchero de soldado”.

ballo, su capacidad para lidiar con un medio muchas veces hostil, su amor por la libertad, el cielo abierto, las amplias llanuras. En el trabajo de resero encuentra un modo de volver a su naturaleza vagabunda. Y un resero es, precisamente, don Segundo, el que cuenta historias.

La literatura toma la voz del gaucho

La literatura se hizo eco de la historia del gaucho.⁴ La poesía gauchesca surge en 1810 y se afianza durante todo el siglo XIX. Las características propias del género son: el personaje del que toma su denominación (el gaucho), su ámbito específico (la pampa) y sus costumbres; expresiones lingüísticas que intentan reproducir el habla rural; un núcleo temático reiterado: la contraposición ciudad-campo o, mejor, civilización-barbarie.

Se inicia con Bartolomé Hidalgo (1788-1822) y sus *Cielitos* y *Diálogos patrióticos*, y se consolida con el *Fausto* de Estanislao del Campo (1834-1880), el *Santos Vega* de Hilario Ascasubi (1807-1875) y el *Martín Fierro* de José Hernández (1834-1886), obra considerada culminación y cierre del ciclo.

Hidalgo compone sus *Cielitos* empleando una forma folclórica preexistente. Los mundos contrapuestos están simbolizados en este por las bebidas que distinguen a cada clase social.

*Cielito, cielo que sí,
Guárdense su chocolate,
Aquí somos puros Indios
Y solo tomamos Mate.⁵*

La literatura gauchesca intenta recuperar el rodar de la palabra en forma oral, transmitida eficazmente por un narrador que

4. Hay que diferenciar la poesía *gaucha*, nacida en forma natural y espontánea, oral y anónima (cuyo objetivo es proyectar en el canto el ámbito rural con sus personajes y sus características, su tradición y su lenguaje), de la poesía *gauchesca*, que inspirada en la anterior, está escrita por autores casi siempre de la ciudad, cultos, que reproducen la voz del gaucho.

5. Bartolomé Hidalgo, uno de sus *cielitos*.

“enlaza” a su auditorio y lo transforma a su vez en nuevo transmisor de un saber popular o de sus experiencias personales. Quizás por eso afirmará el Don Segundo de Güiraldes: “Cuento no sé ninguno, pero sé de algunos casos que han sucedido”.⁶ La figura del gaucho recupera la tradición del cuento anónimo, popular, que pertenece a una comunidad y no a un autor individual. De la misma manera, se redimensiona la figura del “cuentero” con su capacidad de mantener el interés de quienes lo escuchan.

Entre dos mundos: dos voces y dos miradas

[...] en lugar de cruzar el charco, emprendo un viaje al interior de mi tierra [...] El motivo principal de mi permanencia aquí es la necesidad de ponerme en contacto con las cosas que pueden servir de base a mi obra literaria. Me parece que hay tanto por decir en este país que me desespera no ser un hombre orquesta, capaz de desentrañar el aspecto filosófico, musical y pictórico de una raza inexpressada...

Ricardo Güiraldes⁷

Güiraldes, nacido en Buenos Aires el 13 de febrero de 1886, es de otra generación. Perteneciente a la aristocracia porteña, su vida transcurrió entre el mundo europeo, los viajes obligados a París, y el mundo pampeano, en los largos veranos de “La Porteña”, el lugar en donde encontraba la paz para escribir aquello que idealizaba.

Así hereda, por un lado, el lenguaje culto de la educación esmerada y los idiomas extranjeros de las institutrices. Por otro, el habla rural, que se enraizó en su memoria desde muy chico, ya que, debido al asma que padecía, lo enviaban al campo durante largas temporadas. Allí tomaba contacto directo con los lugareños y asimilaba su modo de expresión.

6. En el cuento *Las plumas del caburé*, página 30.

7. Carta de Ricardo Güiraldes, en 1921 a su padrino literario, el escritor francés Valéry Larbaud, quien lo orientó y sostuvo en su búsqueda de la palabra. Acostumbraba visitarlo todos los años en los viajes periódicos que realizaba a París.

Su búsqueda de un lenguaje propio se manifestó tempranamente ya que, jugando, creó con su hermano menor un código que llamaban “fonañera”. Escondidos en un gran árbol que todavía existe en el parque de “La Porteña”, la estancia de la familia, inventaban leyendas que luego transmitían a los adultos.

Durante toda su vida intentó recrear a través de la palabra, la música (fue un excelente guitarrista) y la pintura esos paisajes y personajes de su infancia, que tanto amaba. De alguna manera, su obra es una payada entre el mundo culto de la erudición de origen europea y la sabiduría chispeante y popular de tipo folclórico.

La literatura gauchesca en el siglo xx

A principios del siglo xx, el dialecto gauchesco ya estaba fijado en la literatura argentina y el contexto histórico era distinto. Se trataba de otro campo, “la estancia nueva”, el campo alambrado, muy propicio a la idealización de la figura protagónica del siglo xix. Cuando publica la novela en 1926, aparecen también otras “miradas” sobre lo pampeano: Enrique Larreta presenta *Zogobi* (en donde lo rural es mirado desde el ámbito del casco de la estancia, y la anécdota, tiene un registro marcadamente culto, y Benito Lynch *El inglés de los güesos*, donde se presenta el ámbito de los “puestos” de campo y el deambular de un extranjero, nada menos que un arqueólogo, en tierras pampeanas.

Ricardo Güiraldes buscó entonces, por encima del contexto europeizante que lo rodeaba, los orígenes, y sobre ellos construyó un mundo idealizado en donde se combina la poesía en la percepción de la naturaleza, y el lenguaje folclórico en el desarrollo de la narrativa.

En *Don Segundo Sombra*, ofrece una doble mirada sobre el gaucho, ya asimilado a las tareas de la estancia, ya “paisano gaucho”: la del hombre culto de la ciudad, viajero incansable, por un lado; por otro, la del testigo de la vida de campo, que observa con admiración. Casi una autobiografía, Güiraldes se empeña por recuperar los valores del gaucho, que se resisten a desaparecer, atributos que encarnan en la figura de *Don Segundo*:

el amor por la vida a cielo abierto, el coraje frente a la adversidad del medio, el respeto por las costumbres. Y, claro, el gusto por contar historias.

Don Segundo Sombra: la aventura de crecer

Pidamos prestadas algunas palabras al propio Güiraldes para resumir el argumento de su novela, que por cierto recomendamos leer de manera completa.

El joven protagonista es un huérfano.

¿Seis, siete, ocho años? ¿Qué edad tenía a lo justo cuando me separaron de la que siempre llamé “mama”, para traerme al encierro del pueblo, so pretexto de que debía ir al colegio? Sólo sé que lloré mucho la primera semana, aunque me rodearon de cariño dos mujeres desconocidas y un hombre de quien conservaba un vago recuerdo.⁸

Con el tiempo, las “tías” le prestan menos atención y su adolescencia lo encuentra vagando, al modo de Tom Sawyer, pescando en el río y trabando conocimiento con todo tipo de gente, recomendable y no tanto. Hasta que una tarde siente el llamado de la aventura⁹ cuando conoce a quien sería su guía, su “padriño”, en su encuentro consigo mismo.

El jinete, que me pareció enorme bajo su poncho claro, reboleó la lonja del rebenque contra el ojo izquierdo de su redomón. [...] Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser, algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sorbe la corriente del río. [...] Más fuerte que nunca vino

8. Todas las citas de la novela están tomadas de Güiraldes, Ricardo. *Don Segundo Sombra*. Edición crítica coordinada por Paul Verdevoye. Buenos Aires-México, etc., Archivos, 1988.

9. Cfr. Campbell, Joseph. *El héroe de las mil caras*. México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

en mí el deseo de irme para siempre del pueblito mezquino. Entreveía una vida nueva hecha de movimiento y espacio.

Esa misma noche, Fabio huye junto a don Segundo Sombra y comienza a su lado el duro aprendizaje de las faenas del campo, desde las tareas más bajas, como limpiar chiqueros, hasta las más jerarquizadas, como la doma. El traslado de tropa de una estancia a otra, es decir, la tarea del resero, es el pretexto para alejar al joven de sus “pagos” y completar su proceso de formación.

Cinco años habían pasado sin que nos separáramos ni un solo día durante nuestra penosa vida de reseros. Cinco años de esos hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino. Él fue quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa.¹⁰

Entonces, el destino del muchacho da un giro imprevisto: recibe una carta que le revela su verdadera identidad.

“Estimado y joven amigo:

No dudo de la sorpresa que le causarán estas líneas [...]. Su padre, Fabio Cáceres, ha muerto y deja...”

Vi muchas cosas de golpe: mis paseos, mis petisos, mis tías... ¡eran en verdad mis tías! Miré alrededor [...]. Un extraño sentimiento de soledad me apretaba el alma, como si hubiera querido limitarla a algo chico, demasiado chico. [...] El campo, todo me parecía distinto. Miraba desde adentro de otro individuo.

El joven siente dolor por tener que dejar su vida nueva de libertad y campo abierto. Cuando manifiesta esta angustia a su padrino, don Segundo lo tranquiliza con su sabiduría de siempre:

10. Algunos de estos pasajes están presentes en esta antología: el momento de escuchar cuentos en torno del fogón y también cuando Fabio se enfrenta con la muerte.

RICARDO GÜIRALDES

CUÉNTEME, DON SEGUNDO



LOS “CASOS” DE DON SEGUNDO

Nota de la editora: Las notas a pie de página aclaran solo aquellas palabras o expresiones cuya comprensión es indispensable para continuar la lectura. En el **Cuarto de herramientas** se incluye un amplio glosario de todos los términos, gauchescos o no, que ofrecen alguna dificultad para los alumnos. En la página 120 se enumeran las principales características del habla rural.

AL RESCALDO

de Cuentos de muerte y de sangre

Hartas de silencio, morían las brasas aterciopelándose de ceniza. El candil tiraba su llama loca ennegreciendo el muro. Y la última llama del fogón lengüeteaba en torno a la pava sumida en morrongueo soñoliento.

Semejantes, mis noches se seguían; y me dejaba andar a esa pereza general, pensando o no pensando, mientras vagamente oía el silbido ronco de la pava, la sedosidad de algún bordoneo¹ o el murmullo vago de voces pensativas que me arrullaban como un arorró.

En la mesa, una eterna partida de tute dio su fin. Todos volvían, preparándose a tomar los últimos cimarrones² del día y atardarse en una conversación lenta.

Silverio, un hombrón de diecinueve años, acercó un banco al mío. Familiarmente dejó caer su puño sobre mi muslo.

–¡Chupe y no se duerma!

Tomé el mate que otro me ofrecía, sin que lo hubiera visto, distraído.

Silverio reía con su risa franca. Una explosión de dientes blancos en el semblante virilmente tostado de aire.

Dirigió sus pullas a otro.

–Don Segundo, se le van a pegar los dedos, venga a contar un cuento...; atraque un banco.

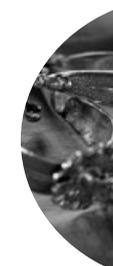
El enorme moreno se empacaba en un bordoneo demasiado difícil para sus manos callosas. Su pequeño sombrero, requintado, le hacía parecer más grande.

Dejó en un rincón el instrumento, plagado de golpes y uñazos, con sus cuerdas anudadas como miembros viejos.

–Arrímese –dijo uno, dándole lugar–, que aquí no hay duendes.

1. El *bordoneo* es, por extensión, el rasgido de la guitarra. (La *bordona* es una de sus cuerdas).

2. Los *cimarrones* son mates amargos.



Hacía alusión a las supersticiones del viejo paisano; supersticiones conocidas de todos y que completaban su silueta característica.

–De duendes–dijo–les voy a contar un cuento–. Y recogió el chiripá sobre las rodillas para que no rozara el suelo.

Un cuento es para alguien pretexto de hermosas frases; estudio, para otros; para aquéllos, un medio de conciliar el sueño.

Pero manjar exquisito para el criollo, por su rareza, hace que este viva al par del héroe de la historia y tenga gestos, hasta palabras de protesta, en los momentos álgidos.³ Sus emociones son tan reales, que si le dijera “Esos son los traidores! ¡Ésa es el ánimo malhechora!”, muchos de entre ellos tendrían placer en dar una manito al hombre cuya alma ha repercutido en las suyas por un gesto noble, una palabra altanera o una actitud de coraje en momentos aciagos.

Dejaron que el hombre meditara, pues es exordio⁴ necesario a toda buena relación, y de antemano se prepararon a saborear emociones, evocando lo que cada cual había tenido que ver en esos fenómenos cuya causa ignoran y que atribuyen al sobrenatural (gracias a Dios).

El que menos, pasó su momento de terror en la vida. Uno se topó con la viuda; otro, con una luz mala que trepara en ancas del caballo; a aquél le había salido el chanco,⁵ y este otro se perdió en un cementerio poblado de quejidos.

«–Est’era un inglés–comenzó el relator–, moso grande y juerte, metido ya en más de una peyejería,⁶ y que había cria fama de hombre aveso pa salir de un apuro.

Iba, en esa ocasión, a comprar una noviyada gorda y mestisona, de una viuda ricacha, y no paraba en descontar los ojos de güey⁷ que podía agensarse en el negocio.

3. Los *momentos álgidos* son momentos decisivos.

4. Un *exordio* es una introducción.

5. La *viuda*, la *luz mala* y el *chanco* son supersticiones rurales.

6. Una *peyejería* es una pelea peligrosa, en donde se arriesga el *pellejo*.

7. Los *ojos de güey* es una metáfora por las monedas.

Era noche serrada, y el hombre cabilaba sobre los ardiles⁸ que emplearía con la viuda pa engordar un capitalito que había amontonao comprando hacienda pa los corrales.

Faltarían dos leguas para yegar, cuando uno de los mancarrones de la volanta⁹ entró a bailar desparejo; y jue opinión del cochero darles más bien un resueyo y seguir pegándole al día siguiente con la fresca. Pero el inglés, apurao por sus patacones, no se quería conformar con el atraso, y fayó por dirse a pie más bien que abandonar la partida.

Así jue, y el cochero le señaló dos caminos: uno yendo derecho pal sur, hasta una pulpería de donde no tendría más que seguir el cayejón hasta la estancia; y otro más corto, tomando derecho a un monte, que podía devisarse de donde estaban y, en crusándolo, enderesar a un ombú, que esa era la estansia’e la viuda. Pero el camino era peligroso, y muchas cosas se contaban de los que se habían quedao por querer crusarlo. Era el quintón de Álvarez, nombrao en todo el partido, y que el inglés conosía de mentas.

Se decía que había una ánima,¹⁰ pero el cochero le relató la verdad.

Era que el hijo de la viuda desapareció un día sin dejar más rastro que un papelito, en que pedía que no olvidaran su alma, condenada a vagar por el mundo, y que le pusieran todos los días una tira de asao y dos pesos en un escampao que había en el quintón.

Dende ese día se cumplió con la voluntad del finao, y a la madrugada siguiente aparecía el plato vasío. Los dos pesos se los habían llevao, y en la tierra, escrito con los dedos, desía “grasias”; y esto a naides sorprendía, porque el finao jue hombre cumplido, y aunque no supiera escribir, otra cosa jue su alma.

Dende entonses no hay cristiano que se atreva a crusar de noche, y los más corajudos han güelto a mitad de camino y cuentan cosas estrañas.

8. *Ardiles* por ardidés, tretas.

9. Unodelos caballos viejos (*mancarrones*) que arrastraba el coche (*volanta*) empezó a marchar más lentamente (*dentró a bailar desparejo*).

10. Un *ánima* es un alma en pena, un fantasma.

La viejecita llevaba de día la comida y los dos pesos, y no le había sucedido nada, de no oír la voz del alma en pena de su hijo, que le agradecía.

Con esto concluyó su relato el cochero, le desió güenas noches al inglés y agarró camino pal poblao, mientras el otro enderesaba al monte, pues era hombre de agayas y no creiba¹¹ en aparisiones.

Yegó y, sin titubiar, rumbió pal medio, buscando el abra en que debía estar la comida.

Cualquiera se hubiera acoquinao en aquella escuridad, pero al inglés le buyía la curiosidá y el alma le retosaba de coraje.

Así jue, pues, que yegó al punto señalao y vido el plato con la comida y los dos pesos, que no era hora toavía de salir las ánimas y estaban como la mano'e la viuda los había dejao.

Se agasapó entre el yuyal, peló un trabuco¹² y aguaitó lo que viniera.

Ya lo estaba sopapiando el sueño, cuando un baruyo de hojarasca le hizo parar la oreja. Vichó pa todos laos, y no tardó en vislumbrar un gaucho araposo.

Este tersiaba en el brazo un poncho blanco que de largo arrastraba po'l suelo; las botas, de potro, no le alcansaban más que hasta medio pie, y traiba un chiripasito¹³ corto con más agujeros que disgustos tiene un pobre.

Ay no más se sentó juntito al plato, peló una daga como de una brasada de largor y dio comienso a tragar a lo hambriento.

En eso, y Dios parese que sirviera las miras del inglés, se alsó un remolino que arrió con los dos pesos. El malevo largó el cuchillo y dentró a perseguirlos, como un abriboca, cuando sintió, pa mal de sus pecaos, que el inglés lo había acogotao y quería darle fin de un trabucaso. Entonces rogó por su vida, alegando que él, aunque se había disgrasiao,¹⁴ no era un bandido y que le contaría cómo se había hecho ánima.

11. *Creiba* por creía.

12. Un *trabuco* es un arma de fuego del tipo de la escopeta.

13. El *chiripães* es un cuadrado de tela que se asegura a la cintura por medio de una faja.

14. *Disgraciarse* es caer en desgracia, desavenirse con la ley o la sociedad, a causa de un crimen.

Ay verán.

Hasía ya más de veinte años, en sus mosedades, este paisano había jurao cortarle la cresta al gayo, que le arrastraba el ala a su china; pero ese hombre era el finao Jasinto, entonses moso pudiente en el partido, y le encajaron una marimba e palos, acusándolo de pendensiero.¹⁵

Dende entonces hizo la promesa de no tener pas hasta vengarse del hombre que lo había agrabiao robándole la prenda. Y una noche quiso el destino que lo hayase solo, y lo mató; pero peliando en güena lay.

Dispués había enterrao al muerto y, peligrando que lo vieran, había gatiao, de noche, hasta las casas de la viuda, donde le dejó un papelito que le debía asigurar la comida y una platita pa poder con el tiempo salir de apuros.

Esa era su historia; y los sustos que daba a la gente, envolviéndose en su poncho blanco, era de miedo que lo encontraran un día y lo reconocieran.

Golbió a pedir por su vida, que bastante castigo tenía con su disgrasia.

El inglés, poco amigo de alcagüeterías, prometió cayarse y dejarlo al infelís yorando su amargura.

Estopasóhasemuchos años, y disen que al inglés, como premio a su güena alma, nunca le salió más redondo un negocio.»

Don Segundo hizo una pausa; su cara bronceada parecía impresionada por sus palabras, y golpeaba con una ramita robada al fuego la maternal fecundidad de la olla.

El auditorio esperaba en calma la conclusión de la historia.

«—Güeno, es el caso que muchos años después tuvo ocasión el inglés, que era viajadoraso, de golber por el pago.

Paró en casa'e la viuda, y no podía dejar de pensar en lo que le había sucedido por sus mosedades.

En la mesa, aunque juera asunto delicao, preguntó a la

15. Como Jacinto pertenecía a una clase social superior, la autoridad castigó al gaucho del caso que se narra.

patrona por el ánima de su hijo. La viejita se largó a yorar, disiendo que ya nunca oiba la voz de su hijo querido y que ya no escrebía “grasias” como antes en el suelo.

Dejuro en algo lo había ofendido, que eya no sabía tratar con espíritus; y, pa colmo, ni los dos pesos se alsaba, aunque siempre comía lo que eya le yevaba. Muchas veses había yorao suplicándole al alma le contestara, pero nunca hayó respuesta a su lamentos.

Al inglés le picó la curiosidá y, aunque estaba medio bicho-co¹⁶ por los años pa meterse en malos pasos, se le remosaba el alma con el recuerdo y se aprestó pa la noche misma. Dijo a la vieja que tendería el recaó bajo el alero, que la noche iba a ser caliente; y cuando todos se habían dormido, enderesó al quintón con un paso menos asentao que años antes y cabiloso¹⁷ sobre el cambio que había dao el malevo en sus costumbres.

Ni bien yegó al parque, un ventarrón se alsó y creyó el hombre en mal aviso. Se abrió paso como pudo entre las malesas y yegó trompesando al abra dispués de muchas güeltas. Venía sudando; el aliento se le añudaba en el garguero y se sentó a descansar, esperando que se le pasara el sofocón y preguntándose si no sería miedo. Malo es pa un varón hacerse esa pregunta, y el hombre ya comensó a sobresaltarse con los ruidos de aqueya soledá.

La tormenta suele alsar ruidos extraños en la arboleda. A veses el viento es como un yanto de mujer, una rama rota gime como un cristiano, y hasta a mí me ha susedido quedarme atento al ruido de un cascarón de uncalito¹⁸ que golpeaba el tronco, creyendo juera el alma de algún condenao a hachar leña sin descanso. Al día siguiente, como susede en esos castigos de Dios, el ánima encuentra deshecho su trabajo y tiene que seguir hachando y hachando con la esperanza que un día el filo de su hacha ruempa el encanto.

En esos momentos he sentido achicarsemé el alma, pensan-

do en lo que a cada uno le puede guardar la suerte, y me hago cargo lo qué sería del inglés, ya viejón, con más de un pecao ensima, figurándose que esa sería la'ora de su castigo.

Pero él no creiba en ánimas, de suerte que crió coraje y se arrimó al lugar en que debía estar el plato. Lo hayó como antes, y como antes también se agasapó pa esperar.

Ya harían muchas horas que estaba ayí, y le paresió una eternidá. No podía ver la hora por la escuridá y quiso levantarse; pero sintió como una mano que le pasaba por la carretiya y se agachó más bajito, pues ya le estaba entrando frío, y si no ganaba las casas era porque tenía miedo.

Tendió la oreja y sintió que, en frente, algo caminaba entre las hojas secas. Había parao el viento y podía oír clarito los pasos de un cristiano que gateaba.

Aguantó el resueyo y miró pal lao que venía el ruido. Como a una cuarta del suelo, vido relumbrar dos ojos que lo miraban. Sintió que el corasón le daba un vuelco y apretó el cuchillo que había desembainao, jurando que, si era broma, bien cara la había de pagar quien le hasía pasar tamaño susto. Pero golvió a mirar, y más cerca otros dos ojitos briyaron; sintió un tropel a su espalda, le paresió que alguien se raiba,¹⁹ y ya, mitad de rabia y miedo, saltó al esplayao.

–Venga –gritó– el que sea, que yo le he de en..., pero, ay no más, un bulto le pegó en las piernas; el hombre trabocó unos pasos y se jue de largo, cayendo con el hosico entre el plato de latón vasío. Más sombras le pasaron por ensima; alguno le gritó una cosa al oído, yevándosele media oreja; sintió como patas peludas de diablo que le pisoteaban la cara y se la rajuñaban.

Hiso juerza y disparó pal monte. No quería saber nada, y corría este cristiano por entre los árboles, dándose contra los troncos, pisando en falso, enredándose en las bisnagas, chusiándose en los cardos, y gritaba como ternero perdido rogando al Señor lo sacara de ese infierno.”

16. *Bichoco* quiere decir de movimientos lentos a causa de la vejez.

17. *Cabiloso* viene de *cavilar*; significa “pensativo”.

18. *Uncalito* por eucalipto.

19. *Raiba* por reía.

ÍNDICE

Literatura para una nueva escuela.....	5
Puertas de acceso	7
La historia del gaucho	9
La literatura toma la voz del gaucho	12
Entre dos mundos: dos voces y dos miradas	13
La literatura gauchesca en el siglo XX.....	14
Don Segundo Sombra: la aventura de crecer	15
Los “casos” de Don Segundo	17
La mirada de don Ricardo	18
Y aquí me pongo a cantar	19
La obra: Cuénteme, Don Segundo	19
Los “casos” de Don Segundo	21
Al rescoldo.....	23
El herrero y el Diablo.....	33
Las plumas del caburé.....	47
La mirada de don Ricardo	59
Don Juan Manuel.....	61
Puchero de soldado	67
Trenzador.....	73
El episodio de Antenor.....	79
Selección de poesías	88
Epílogo.....	93
Manos a la obra	95
El relato enmarcado	96
Acto de comunicación y funciones del lenguaje	96
Literatura y folclore	99
Apariciones diabólicas	101
La literatura y la historia.....	104
El duelo gauchesco	104
Descripción y retrato	106
Descripción poética.....	107
Literatura fuera del aula	108
Cuarto de herramientas	111
Glosario.....	113
Biografía.....	121
Imágenes del ambiente rural	122
Bibliografía	125